**FUNERAL Y ENTIERRO DE D. TOMÁS BARRIOS BÁILEZ**

**Pobladura de Yuso, 16 de noviembre de 2017**

Las palabras del salmo 62 “Mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua” nos pueden ayudar esta mañana para comprender el sentido más profundo del misterio de la vida del hombre que culmina con el misterio de la muerte. La imagen de la sed corporal expresa adecuadamente el deseo más íntimo del alma del ser humano: la búsqueda de la trascendencia, la búsqueda de Dios. El autor de este salmo manifiesta su nostalgia por todo lo vivido en el Templo de Jerusalén durante la peregrinación y desea volver a él para vivir siempre en la presencia del Señor. Porque, apartado de la presencia de Dios, su vida está vacía, no alcanza la plena felicidad.

San Juan Pablo II comentó este salmo en una de sus catequesis con estas hermosas palabras: “Es el alba, el sol está surgiendo en el cielo terso de la Tierra Santa y el orante comienza su jornada dirigiéndose al templo para buscar la luz de Dios. Tiene necesidad de ese encuentro con el Señor de modo casi instintivo, se podría decir «físico». De la misma manera que la tierra árida está muerta, hasta que la riega la lluvia, y a causa de sus grietas parece una boca sedienta y seca, así el fiel anhela a Dios para ser saciado por él y para poder estar en comunión con él.

La existencia humana tiene sentido cuando se vive desde la trascendencia, es decir, cuando el hombre tiene los ojos puestos en el horizonte de la vida eterna que es el encuentro con Dios su creador y Señor. Dios nos llama constantemente para que vayamos a él y podamos vivir y gozar siempre de su presencia. Nosotros, los hombres, debemos estar atentos y dispuestos a seguir los silbos del Buen Pastor. San Pablo nos dice que “en la vida y en la muerte somos del Señor” porque Él es quien puede calmar la sed de transcendencia que tiene nuestro ser. Sólo Él tiene poder para dar a los hombres una existencia plena que colme todas nuestras ansias. ¡Qué equivocados están los hombres que piensan que sus ansias serán colmadas llenando su vida sólo de las cosas de este mundo! ¿No nos damos cuenta que cuantas más cosas materiales ansiamos más angustia vital tenemos por la insatisfacción que producen en nosotros?

La vida del sacerdote tiene como eje central buscar todos los días una unión más íntima con Cristo sacerdote y pastor de su Iglesia. Por eso nuestra preocupación principal ha de ser la de rechazar todo aquello que nos distancia del Señor y buscar sólo aquello que nos ayuda a configurar nuestra existencia con la suya. Para esto recibimos la gracia sacerdotal en el sacramento del Orden y la renovamos todos los días en la celebración de la eucaristía. Cuando los sacerdotes descuidamos y olvidamos nuestra preocupación por mantener viva la unión con el Señor, entonces nuestra vida sacerdotal se reseca, se vacía como están en estos momentos lo pantanos y ya no puede regar con el buen ejemplo la vida de los demás hermanos a los que debemos servir el agua viva de la gracia que brota de la Palabra de Dios, los sacramentos y la caridad.

Todos los domingos los sacerdotes y consagrados recitamos en la liturgia de Laudes este salmo 62. La Iglesia nos quiere recordar que en el día del Señor debe aumentar en nosotros el deseo de encontrarnos con su presencia. Por eso nos invita desde las primeras horas del día a contemplar la fuerza y la gloria de Cristo resucitado que alienta nuestra esperanza. De este modo preparamos nuestra alma para encontrarnos con el Señor en la comunidad reunida, en la Palabra proclamada, en la fraternidad de los hermanos y sobre todo en la presencia real de la eucaristía. La celebración de la eucaristía dominical en la que comulgamos el Cuerpo y la Sangre del Señor nos une a la vida divina como el racimo a la vid para que demos frutos de amor y de vida durante toda la semana. El buen cristiano, el buen sacerdote busca encontrarse con el Señor en su día para saciarse de gracia en la presencia de Dios. La fiesta del domingo anticipa esa plenitud de vida de la que un día disfrutaremos contemplando al Señor cara a cara en compañía de la Virgen María, de los ángeles y de todos los santos.

Nuestro querido hermano, D. Tomás Barrios se inició en la fe cristiana cuando recibió las aguas del bautismo en la pila bautismal de esta parroquia. De aquella fuente de gracia divina bebió su alma cristiana hasta que el Señor lo llamó para unirlo definitivamente a su muerte y resurrección de modo que su alma ya no tenga sed porque al despertar a la vida eterna se saciará de la presencia del Señor. En su vida buscó a Dios para unirse con él y permanecer unido a Él todos los días de su existencia. Al Señor le agradó su alma que lo buscaba con sincero corazón y lo llamó para que lo siguiera como consagrado y sacerdote. D. Tomás respondió generosamente a la llamada del Señor y recibió el sacramento del orden sacerdotal que lo configuró para siempre con Cristo Sumo y Eterno Sacerdote.

Se incorporó a nuestra diócesis en el año 1978 y fue párroco de las parroquias de Tabuyo del Monte, Quintanilla de Flórez y Torneros de Jamuz. En el año 1984 asumió además la parroquia de Palacios de Jamuz hasta el año 2009 que se jubiló y pasó a residir en la Residencia sacerdotal de la Bañeza. La enfermedad fue deteriorando su vida física poco a poco. Pude comprobar su progresivo deterioro cada vez que lo visitaba. Sin embargo no perdía su semblante agradable y sereno porque era un hombre de Dios.

Nuestro hermano fue instrumento de la gracia de Dios para calmar la sed de los que buscaban sinceramente a Dios. En el Santuario del Santo Cristo de Tabuyo acogió a los devotos del Santo Cristo que buscaban en la santa imagen el apoyo y la gracia para afrontar las adversidades de la vida. Les entregó en el sacramento de la penitencia y de la eucaristía la nueva vida que la imagen de Cristo muerto en la cruz representa para calmar su sed de eternidad que buscaban. ¡Cuánto bien ha hecho nuestro hermano a la gente bajo la mirada del Santísimo Cristo!

Pidamos al Señor que acoja en su Reino a D. Tomás y que en su sangre redentora lave los pecados que pudo cometer en este mundo para que, reconciliado con Dios y con los hombres se presente justificado y sin mancha en su presencia. La Madre Dolorosa interceda por nuestro hermano sacerdote, amigo del Señor y de los hombres.

† Juan Antonio, obispo de Astorga